

de continuar bastante tiempo su experiencia de gobierno". Y el PSC, en particular, aspira a incorporar aún a sus filas a sectores de iniciativa per Catalunya (IC) y Esquerra Republicana (ERC) "cuando se vea que la ilusión del independentismo no da para mucho más de lo que ya ha dado".

Ésta es la idea de Obiols. El alcalde de Barcelona, Pasqual Maragall, lanzó hace varias semanas una propuesta que ha sido interpretada, en cambio, como un intento de fundar un centro izquierda catalanista. Es-

La idea de Maragall

Maragall tuvo que apresurarse a advertir que no pensaba en un nuevo partido ni en una coalición, sino en otra cosa. Algo parecido a un ámbito de debate político-ideológico destinado a erigir una alternativa al pujolismo. Pero luego le dio el nombre de un partido de antes de la guerra civil, Acció Catalana. Obiols insistió ayer en que Maragall "habla de *acció catalana* en minúscula" y se refiere a "un espíritu civil". Persigues "crear un consenso catalanista", agregó, pero desde

rencia de Rocard en disolver el partido no tiene sentido en Cataluña ni en el resto de España. "Otra cosa es si hay que renovar e innovar. En eso estoy de acuerdo con Rocard", asegura. Pero Sala afirma que el político francés "se equivoca rotundamente" cuando sale a la palestra a un mes vista de unas elecciones y lanza la idea de que el partido socialista tiene que disolverse en un movimiento de izquierdas más amplio. Según Sala, eso es "facilitarles la campaña electoral a los adversarios".

tura es Jordi Font. "Sabíamos que coincidíamos con Rocard en muchas cosas y ahora se ha visto", afirma Font. La coincidencia, no obstante, no es total, advierte. Rocard es audaz, iconoclasta e innovador, dice Font, "pero no indica el camino que seguir". Deja claro que hay que moverse, añade, pero no dibuja cómo debe desarrollarse el proceso. "La idea que apunta se parece demasiado a la suma de los *sindicatos del no* que aquí ensaya también Izquierda Unida". Font afirma que no cree en esa vía.

entre corrientes, y pretende presentar al exterior un discurso monolítico en relación al cual todo desacuerdo es drama, toda desviación, sacrilegio".

Y añadió: "Lo que propugno es un vasto movimiento abierto y moderno, extravertido y rico en su diversidad. Un movimiento que federe a todos los que comparten los mismos valores de solidaridad y el propio objetivo de la transformación".

23-2-93

LA CRÓNICA

¿Quién invita?

ARCADI ESPADA

La primera refundación, la de España, la expuso Pasqual Maragall como dato irrevocable de la realidad después de la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos. Allí vio Maragall el nacimiento de una España formada a partir de la desigualdad periférica y donde la *Marcha real* y *Els segadors* desgranaban una insólita melodía conjunta. Las palabras de Maragall provocaron ciertos sarpullidos de papel, pero hasta la fecha la indagación conceptual y la voluntad política permanecen intraducidas en la práctica. Meses después, y cuando la crisis de Convergència daba sus penúltimos coletazos, fue también Maragall el que divisó la posibilidad de una nueva fuerza política generada a partir de lo que llamó "interlocutores tolerantes". Entre ellos, el alcalde situaba a Miquel Roca —con el que había analizado largamente en los últimos meses su peripecia personal y política—, a Narcís Serra, a Raimon Obiols, y dejaba fuera, implícitamente, a personajes emblemáticos de un cierto mundo socialista, simbolizados por Rodríguez Ibarra. Evidentemente, Maragall se guardó de señalar quién respondía en el socialismo catalán al perfil berroqueño del presidente de Extremadura.

Las palabras de Maragall provocaron una tormenta seca en el PSC y el adjetivo *liquidacionista* asomó fugazmente por las rendijas. Como le suele suceder,

el alcalde hubo de idear rápidamente alguna estrategia para coser su boca sin que los puntos se notaran demasiado: refundar Acció Catalana, de eso se trataba ahora. El punto de referencia no era sorprendente. Al fin y al cabo, Acció Catalana, en 1922, y Acció Catalana Republicana, a partir de 1931, eran un intento de vertebrar una cierta tradición burguesa e ilustrada entre la Lliga Regionalista y Esquerra Republicana; un intento de establecer desde el nacionalismo catalán una alianza firme con el resto de los nacionalismos hispánicos, y agrupaba a personajes tan diversos, cultos y tolerantes como Rovira i Virgili, Guerau de Liost y Lluís Nicolau d'Oliver. En esa tradición Maragall se encuentra muy a gusto. El problema, ciertamente delicado, es que Acció Catalana fue la única opción del catalanismo que fracasó: en su timorata relación con los sectores populares hay que buscar alguna de las causas.

Zarandeados todavía con el nuevo

excurso maragalliano, con sus posteriores retoques, sin saber todavía a ciencia cierta si se trataba de organizar un partido, levantar un foro, convocar el II Congreso de la Llengua Catalana o redactar la segunda edición de la Enciclopèdia —por cierto, esto último ya está hecho y habrá que ir a por la tercera, si es que procede—, en este maremágnum llegó Rocard: "Je vous invite a une rupture". Maragall asintió, Obiols también. Uno desde Rovira i Virgili; el otro, tal vez, desde Serra i Moret. Pero asintieron. El llamado obiolismo invocó los textos de su líder. Ciertamente, Obiols lleva tiempo hablando de renovación, aunque es hombre de palabra bisbiseante y a veces no se le oye. Su colega Jordi Font, secretario de política cultural del partido, se pasó el verano olímpico comentando en los salones que las siglas del PSC no iban a ser un problema si llegaba el momento de repensarlo todo. Otros, tardíos, han reaccionado ante Rocard con la candidez del que lee

algo nuevo, expresado con transparencia: "Esto yo lo he pensado siempre".

El Club Minerva

Hay más: los jóvenes prosocialistas agrupados en el Club Minerva llevaban más de un año debatiendo sobre la refundación de la política democrática. La denominación del club no tiene su trasfondo en la mitología (diosa de la sabiduría) ni en Hegel: "La lechuza (símbolo de la filosofía) de Minerva (Razón) alza su vuelo al anochecer", sino en algo mucho más prosaico como el callejero. Se trata de gentes entre 30 y 40 años, ligados a las instituciones de gobierno socialista, como Josep Maria Carbonell, Jaume Badia o Jordi Mercader, o profesores universitarios como Gabriel Colomé, Jaume Casals o Xavier Arbós. A título personal algunos de ellos han aportado sus reflexiones al ciclo que la Fundación Campalans —otra referencia histórica— prepara para marzo con estricta voluntad de seminario sobre la renovación de la política democrática.

Algo hierve por lo tanto. Refundar parece ser la consigna, confusamente generalizada y blindada tal vez hasta el paso electoral. La cuestión es que estos procesos necesitan siempre el coraje del sujeto. Alguien que convierta las ganas de hablar en las ganas de hacer. Un *je vous invite*, en suma, nitido y propio.